EL IDEAL.

Revista literaria y de variedades, dedicada al Bello Sexo y al Pueblo.

Director: ARNULFO SAN-GERMAN.

Redactor responsable: José Castro Iturbide.

Registrado como artículo de 2ª clase el 16 de Febrero de 1904.

COLABORADORES:

LICS. MANUEL BRIOSO Y CANDIANI, PEDRO CAMACHO Y SRES. JOSE JOAQUIN VARELA Y JULIO LIZET.

ADMINISTRADOR: ENRIQUE MUÑUZURI.

Tomo. I—Núm. 36.

Octubre 2 de 1904

OAXACA.

La Ley del Trabajo.

El obrero que en el ejercicio de su oficio, trabaja con empeño, constancia, dedicación y método, sin perder tiempo, que en el trabajo es dinero; ni desperdiciar material ni fuerza que en el capital es pérdida, obtiene en el resultado de su labor, no solo abundancia que es prosperidad, sino vigor que es salud, y tranquilidad que es bienestar.

Donde el trabajo impera, donde su dominio que es actividad, todo lo abarca; donde su poder que es producción, todo lo transforma; ahí reina el contento, rebosa la salud en organismos sanos y potentes, la maldad no puede batir sus alas negras sobre la blancura de conciencias honradas, y la felicidad sonriente para todos, derrama sus dones abundantes sobre los séres privilegiados que han convertido el anatema de maldición del trabajo, en ley poderosa que santifica el progreso.

Pero donde se ha suprimido el trabajo, donde lo ha susbtituido la pereza y el ocio, sino es que la disipación que enerva ó los vicios corruptores que aniquilan; donde están paralizados los brazos é inactivos los órganos funcionales que lo ejercitan, ahí reina la miseria con todo su conjunto de cuadros siniestros, con toda la magnitud desgarradora de dolores y de desastres; ahí, tras los naufragios de toda idea de moral y los fracasos de todo sentimiento noble, las pasiones con su impudicia y los vicios con su cinismo, hacen horrible maridaje para estallar en espantosos crímenes. Ahí, la relajación de las costumbres en los fermentos del mal, y los sollozos del infortunio en la carencia de pan y en la acumulación de gérmenes deletéreos que minan la vida y cargando de sombras sus horizontes hacen la desesperación de los séres y la desgracia irreparable de las generaciones.

Sin trabajo no hay pan y por consiguiente no hay salud ni felicidad posibles sobre la tierra.

Pero si el trabajo es fuente inagotable de bienes, á él deben asociarse para hacerlo fructífero y provechoso: el cálculo y la economía, elementos indispensables que son la base de la verdadera riqueza.

El cálculo que es exactitud de meditada previsión, dá régimen al trabajo y aplicación precisa y conveniente á sus productos; y la economía que es ahorro metódico que suprime lo supérfluo, evita pérdidas y asegura ganancias.

Ambos auxiliares del trabajo, en todo negocio y en toda empresa producen maravillosos resultados y han sido y serán siempre las únicas palancas poderosas que determinan la evolución civilizadora de los pueblos.

El trabajo normalizado bajo esas bases, ejecutado con amor y sostenido con perseverancia; lejos de todo contacto que lo degrade y de toda morbosidad que lo paralice, es el árbol fecundo, cuya savia vital nutre dignificación en el hombre, felicidad en la familia y engrandecimiento en la Sociedad.——(El Buen Obrero.)

Mujeres célebres de America.

ANTONIA SANTOS.

I

LA HEROINA.

Esta mártir de la libertad de su patria nació en Charalá (Nueva Granada) en 1782; pero hacía algún tiempo que residía en la ciudad de Socorro. Admiradora de las grandes acciones, teniendo por lectura favorita las obras de Plutarco; compatriota de Galán, el primer mártir de la patria, Antonia Santos, desde sus primeros años, consagró una especie de culto á los mártires granadinos, y se propuso imitarlos. La época la favoreció en su empresa. Corrian entonces aquellos días gloriosos y terribles en que peleaba sola la América española contra los representantes de Fernando VII; en que se luchaba con valor y se moría con dignidad; en que Pola, Caldas, Lozano y otros muchos, habían sabido sellar sus creencias con el martirio.

Mientras que Morillo se hallaba en Venezuela y los habitantes de esa república peleaban como libres, se formó en los pueblos de Charalá y Coromoro una guerrilla de patriotas que. junto con las que existían en Casanare, eran las únicas fuerzas de Nueva-Granada que, en 1817, sostenían la causa de la Independencia. Esas guerrillas imponían serios temores á las autoridades españolas. Antonia Santos era el ángel protector de aquellos valientes granadinos; vendió la mayor parte de sus joyas, sacrificó su caudal, reunió armas, municiones y víveres, y en fin, auxilió de todos modos á los independientes. Con frecuencia les escribía, dándoles noticia de los sucesos notables y excitándoles á que continuasen peleando.

Tal era Antonia Santos.... Después de haber ésta paseádose largo rato por la sala de su habitación, se aproximó á una mesa, sentóse y escribió:

"Amigos mios:

"Envío á Udes. sal, carne y 200 pesos en plata de cruz, que les entregará, como ántes, Juan. Pronto les mandaré más. No desmayen Uds., por Dios; que en todas partes continúan peleando. La isla de Margarita ha sido atacada por Morillo, según las noticias que han venido á Forminaya; pero después de un mes de ataques inútiles contra los heróicos margariteños, aquél tuvo que volver á Costa-Firme; los patriotas se adueñaron de la Guayana y la causa de su amo Fernando se hallaba en mal estado. Dios, pues, nos sigue protegiendo.

"Constancia y valor, mis queridos amigos: prudencia sobre todo. Así, pronto avisaré á Uds., la hora de dar el golpe y de purgar á la tierra de estos malvados.

Su amiga de corazón.—*Antonia Santos.*"

Concluida esta carta, Antonia se levantó y llamó. Al instante apareció un jóven de dieziocho á veinte años, negro y esclavo, que le era sumamente fiel y á quien su ama confiaba las más peligrosas comisiones.

—Juan, dijo la señora Santos, de aquí á las tres de la tarde se apaciguará la tempestad. A esa hora partirás para Coromoro con tu acostumbrado sigilo.

—Bien, señora, contestó el negro.

—Con esta carta en tu bordón hueco. Ya sabes la prudencia que debes tener. Si la cojen, somos perdidos.

—No tenga Ud. cuidado, señora; no la cojerán.

—Así lo espero. Forma una maleta con la carne y la sal que compraste hoy y la llevarás junto con la plata que hay en aquel cajón.

El negro tomó el dinero.

—¿Y todo lo entrego á la misma persona? preguntó:

—Sí, Juan. Pero no hables en el camino con nadie; y si te encuentras con gente armada, diles que vas á Charalá á vender esas provisiones.

—Está bueno, mi señora Antonia.

—Toma para tu camino: vuelve pronto y que Dios te proteja.

Inclinándose el negro ante su señora con el mayor respeto, salió de la pieza.

II

LA APREHENSIÓN.

Al día siguiente, la naturaleza apareció alegre y risueña con los efectos de la tempestad, que había terminado. Eran las siete de la mañana. Antonia Santos vestida de negro, y sentada en uno de los canapés de su sala, estaba cosiendo. Mientras que permanecía tranquila, las malas pasiones se agitaban afuera horriblemente. Uno de sus amigos, á quien estimaba mucho y que estaba al corriente de los planes de Antonia, abusó con infamia de la confianza que en él se había depositado, comunicándolos al gobernador Don Antonio Forminaya, que á la sazon gobernaba la ciudad de Socorro. Enfurecido el gobernador mandó aprehenderla.

Antonia se hallaba cosiendo cuando se oyeron fuertes golpes en la puerta de la casa. Una de las criadas salió y pocos momentos después volvió pálida y temblando.

—¿Qué hay, Dolores? preguntó la Señora Santos.

—Soldados, señora, soldados! dijo la criada balbuciente.

—¿En dónde?

—En la puerta de la calle.

—¿Les conoces tú?

—Sí, señora, son de la guardia del señor gobernador.

Paróse repentinamente la señora Santos y se dirijió al zaguán, donde encontró diez soldados muy bien vestidos y á su cabeza un oficial jóven todavía.

—Entren Uds., señores, dijo Antonia, y en la sala me dirán el objeto de su visita.

—Gracias, señora, contestó el jóven oficial, venimos á cumplir una muy penosa comisión que nos ha dado su excelencia el señor gobernador.

—¿Qué comisión?

—Conducir á Ud. señora, á la casa de gobierno.

—Muy bien, señor: permítame Ud. que me vista y luego estaré pronta para ir á donde á Uds. plazca.

—Con el mayor gusto, señora, dijo el oficial inclinándose.

(SIGUE EN LA 4ª PLANA.)

LA ENVIDIA.

Un Cocuyo tendió el vuelo
en una noche de Mayo
y como encendido rayo
cruzó fulgurante el cielo.
Un Murciélago lo vió,
dejó al punto su agujero
y abalanzándose fiero,
muerte alevosa le dió.
—¿Qué te ha hecho el pobrecillo?
le dijo un amigo suyo.
—Que me insulta con su brillo
ese maldito Cocuyo!
Así del mundo en la lidia
procede la negra envidia:
¡tener brillo cuesta mucho
ante un infame avechucho!

R. MENDEZ.

LA IGNORANCIA.

Hija bastarda del orgullo necio,
tiene por fé y por Dios su propia vida
y marcha con los vicios confundida,
creyendo admiración lo que es desprecio,
sin la conciencia de su bajo precio;
dó encuentra discusión, al punto anida
y de galas agenas revestida,
quiere ser juez, para captarse aprecio.
Busca en LA ENVIDIA, cariñosa hermana
y se anima al tenerla en su presencia;
de ruin se convierte entónces en villana
y procurando ahogar la inteligencia,
es en los siglos de la historia humana,
corona de martirio de "LA CIENCIA."

ROSARIO DE ACUÑA.

(CONTINÚA LO DE LA 2ª PLANA.)

Antonia volvió á la sala y llamó á sus criadas, esclavas también como Juan.

—Dolores, dijo á la una, trae mi mantilla y mi sombrero.

Y tú, añadió volviéndose á la otra, cuida de la casa mientras vuelvo, y si acaso me tardo, debes ir á la casa del gobernador y llevarme lo necesario!

Las criadas empezaron á llorar.

—A dónde la llevan á Ud., señora? decían.

—Voy donde Forminaya. Tontas! no llorels: ¿qué hay en esto de particular? ¡Vamos, un abrazo y adios!

Abrazólas y salió diciendo al oficial:

—Estoy pronta, señor.

Este se inclinó nuevamente y partieron. Cuando la señora Santos llegó al salón de la gobernación donde se encontraba Forminaya con su secretario, levantóse aquél de su asiento, hizo señal al oficial y soldados para que se retiraran y con la urbana cortesía española ofreció un asiento á su nueva víctima.

Hubo un instante de silencio. Forminaya examinaba á la señora Santos, y ésta permanecía tranquila.

—Señora, dijo de repente el gobernador, se ha denunciado á este despacho que Ud. auxilia á los insurgentes de Coromoro y Charalá. Hay pruebas, pero mandé llamar á Ud. para que declare si eso es ó no cierto.

—Es cierto, contestó Antonia con firmeza.

—Cómo! exclamó el estúpido funcionario español, que no comprendía la abnegación sublime de la mujer que tenía en su presencia; ¡cómo! confiesa Ud. sin ambajes su crímen!

—Yo no he cometido crímen alguno, señor gobernador.

—¡Cómo! continuó Forminaya. ¿No es crímen rebelarse contra nuestro amado y lejítimo soberano Fernando VII?

—Nó: he cumplido un deber.

—¿Auxiliando á los insurgentes?

—No es insurgente, señor gobernador, quien combate por sus derechos y trata de adquirirlos á pesar de las crueldades de funcionarios implacables.

—¡Señora!

—Sí, esclamó Antonia Santos levantándose, las inauditas y frecuentes crueldades que Uds. han cometido, han obligado á muchos granadinos á defenderse del modo que pueden, ¿qué hay en esto de raro?

—Y ¿no sabe Ud., señora, preguntó el gobernador, cuál es la suerte de los insurgentes americanos?

—Sí, respondió Antonia: son ahorcados, arcabuceados y enviados á climas donde mueren pronto.

—¿Y no sabe Ud. que mañana puede sufrir igual suerte?

—Lo sé; pero ¿cree Ud. atemorizarme presagiándome una muerte próxima? En esta larga guerra hemos aprendido á morir. Han matado Uds. á tantos granadinos, que hoy la muerte es cosa común y vulgar. La espero pues, sin miedo.

—Por último, dijo Forminaya con violencia, ¿no me dice Ud. quienes auxilian esa guerrilla y los insurgentes que la componen?

—Nó señor

—¿No me promete Ud. que dejará de auxiliarla?

—Nó.

—Secretario, concluyó Forminaya, dirijiéndose á aquel que había guardado silencio durante la conversación: haga Ud. poner á esta mujer en capilla y que cuanto antes se le presten los auxilios espirituales que necesita, pues por mi vida, será arcabuceada dentro de cuarenta y ocho horas, en el sitio en que mueren siempre los rebeldes.

Dirijióse el secretario al lugar en que se hallaba la señora Santos. Levantose ésta y ambos se dirijieron á la puerta de la sala. Al llegar al umbral, Antonia se detuvo:

—Señor gobernador, dijo; no olvide Ud. mis palabras: su poder concluirá pronto; la sangre derramada clama al cielo. Yo moriré, pero mi sacrificio servirá para producir la caida de la tiranía en estas provincias. Repito, no lo olvide Ud.

Y dichas estas palabras salió de la sala tranquilamente.

El funcionario español cayó sobre su silla asustado al oír esas proféticas palabras. "Valerosa mujer! dijo: será triste que muera. Procuraremos hacer que denuncie á sus cómplices y se salve."

III

LA CAPILLA.

Antonia Santos fué puesta en capilla.

Al llegar al tenebroso cuarto de donde no debía salir sino para el patíbulo, Antonia volvió la vista á todas partes, y en seguida quedó sumida en una meditación profunda.

Pocos momentos después se abrió la puerta de la prisión y apareció el secretario del gobernador.

—Vengo de parte del señor gobernador, dijo á la señora Santos.

—¿Qué órden trae Ud.? preguntó ésta.

—Ofrece dejar á Ud. libre y entregarle sus propiedades, que se han mandado confiscar, si dá Ud. una lista de las personas que prestan auxilio á la guerrilla de Charalá.

—¡Ah! ¿Con que el señor gobernador me propone esto?

—Sí, señora.

—Pues bien, pido que se me dé un término de dos horas para resolverme. Mientras tanto, suplico á Ud. le diga al Sr. Forminaya que ordene á mi confesor, el señor doctor Torres, venga á mi prisión.

—Se dará la órden, señora.

Salió el secretario. Una hora después entró al calabozo el confesor de la señora Santos, sacerdote respetable y virtuoso.

Levantóse vivamente la señora Santos al verle y le ofreció asiento.

—¿Sabrá Ud., doctor, que estoy condenada á muerte?

El doctor Torres dió un grito y palideció.

—¡Cómo, señora!

—Auxiliaba á la guerrilla de Charalá, y por ésto Forminaya me ha condenado á muerte.

—Entonces, señora, el motivo de su muerte es muy noble y sagrado. ¡Ojalá que todas la imitaran! Así se salvaría la causa de nuestra independencia.

—Pero se me han hecho propuestas para salvar mi vida, y he creído de mi deber consultarlas con Ud.

—Hable Ud. señora, pediré á Dios que me ilumine para dar un consejo saludable.

—Forminaya me ofrece la vida, si denuncio á las personas que auxilian á la guerrilla de Charalá. ¿Cree Ud. qne si yo no acepto esa infame propuesta y desecho ese deshonroso medio de salvación, cometeré un suicidio?

—¿Y Ud. juzga que si dá ese denuncio sus amigos morirán?

—Al instante.

—De manera que la muerte de Ud. impide la de muchos.

—Así lo creo.

—Entónces señora, Ud. no se suicida, sino que sufre el martirio por salvar la vida de muchos desgraciados. Eso es noble, generoso, santo. Bendita sea usted, señora.

—¡Ah! razón tenía yo para creer que Ud. opinaba como yo. Gracias, mil gracias, doctor, por sus dulces y consoladoras palabras. Mis creencias se han fortificado: tengo valor. ¿Tendrá Ud, la bondad de recibir esta tarde mi última confesión?

—Vendré, señora.

—Gracias, doctor.

—Hasta la tarde, señora.

El sacerdote salió. Una hora después entró el secretario.

—¿Qué ha resuelto Ud., señora? dijo.

—Morir, contestó Antonia.

—¡De veras!

—Sí: diga Ud. al gobernador que se engaña tristemente si piensa que yo puedo cometer una infamia tan grande como la que me propone. Dígale Ud. que, aunque mujer y débil, no tengo temor alguno y no vacilo entre la muerte y la deshonra. Dígale Ud. que puede ordenar se prepare todo lo necesario para mi suplicio.

El secretario, asombrado, salió de la capilla.

Después de haber abrazado á sus criados por última vez, hecho sus últimas disposiciones y recibido los auxilios que presta la religión en estos casos, Antonia Santos se creyó dispuesta para entregar su alma á Dios.

IV

EL SUPLICIO.

Eran las ocho de la mañana del día siguiente al en que empezaron los sucesos referidos. En medio de la plaza de la ciudad se había colocado un banquillo. Varios soldados, conversando y riendo, custodiaban el terrible asiento.

Se oyó de pronto un redoble de tambor, y salió Antonia Santos de su prisión en medio de muchos soldados. Su confesor la acompañaba, llevando un crucifijo en la mano. Antonia vestía un severo traje negro é iba adornada con sus mejores joyas Un pueblo numeroso la contemplaba con respeto y dolor, todos sufrían, todos lloraban al ver aquella mujer: hermosa y jóven aún, morir prematura y horriblemente.

Al salir de la cárcel, volvió Antonia Santos su vista al balcón de la casa de gobierno. Allí, rodeado de sus sicarios, estaba Forminaya mirando á la mártir granadina. Antonia le miró con tristeza, como perdonándole su crueldad. Al ver Forminaya esa mirada de misericordia, entróse precipitadamente. Al lle-

¿Qué podía significar aquello?

De la extrañeza pasamos á las conjeturas, al horror....

—¡Reconozco la Providencia! (exclamó finalmente Zarco.) ¡He aquí un espantoso crímen que iba á quedar impune y que se delata por sí mismo á la justicia!—¡Cumpliré con mi deber, tanto más, cuanto que parece que el mismo Dios me lo ordena directamente al poner ante mis ojos la taladrada cabeza de la víctima!—¡Ah! Sí.... Juro no descansar hasta que el autor de este horrible delito expíe su maldad en el cadalso!

del plazo que mi amada me concediera, salí para Sevilla, adonde llegué el día 30 de Abril.

Inmediatamente me dirigí á la fonda, que había sido nido de nuestros amores.

Blanca había desaparecido dos días después de mi partida, sin dejar razón del punto á que se encaminaba.

¡Imagínate el dolor de mi desengaño! No escribirme que se marchaba! Marcharse sin dejar dicho á donde se dirigía! Hacerme perder completamente su rastro! Evadirse en fin como una criminal, cuyo delito se ha descubierto!

Ni por un instante me ocurrió permanecer en Sevilla hasta el 15 de Mayo, aguardando ver si regresaba Blanca.... La violencia de mi dolor y de mi indignación, y el bochorno que sentía por haber aspirado á la mano de semejante aventurera, no dejaban lugar á nin-

gar al banquillo, y elevando la voz:—"Amigos, compatriotas míos, exclamó, dirijiéndose á los hombres que la rodeaban, suplico á Uds. salgan de la plaza, dejando solo á las mujeres. No desoigan Uds. la súplica de una infeliz que va á morir."

Los hombres se comunicaron unos á otros la órden de la señora Santos. Poco rato después solo quedaban en la plaza las mujeres y los verdugos. Entonces dirijiéndose Antonia á las primeras, les dijo: "Acérquense Uds., amigas mias." Se aproximaron algunas. Antonia se quitó las joyas y las distribuyó entre las mujeres que la rodeaban. Luego hizo que se retiraran.

Sentóse después en el banquillo, y por una precaución de sublime pudor, se amarró un pañuelo junto á los piés, temiendo que en las convulsiones de la agonía, el viento levantase su vestido. En seguida gritó: "estoy pronta," con voz tan fuerte que resonó hasta en la casa del gobernador. Los verdugos también estaban prontos. Oyóse una explosión terrible, una espesa nube cubrió por breves instantes á la víctima y á sus verdugos; y pasado el estruendo, el humo, el terror, vióse únicamente sobre el polvo de la plaza un cuerpo despedazado. El alma de Antonia Santos había volado al cielo, donde la aguardaban las de Policarpa Salavarrieta y de madama Rolland!.....

Algunos parientes y amigos de Antonia recojieron su cadáver y la enterraron en el cementerio de la ciudad.

J. B. Suarez.

MUY INTERESANTE.

DE ADMINISTRACION.

A las personas suscriptas á nuestra Revista, que no obstante las repetidas insinuaciones que han recibido para el pago sin verificarlo, y que al recibir este último número no cubrieren su adeudo, les suspenderemos la remisión del periódico y publicaremos desde el próximo número sus nombres en una lista, pues repetimos una vez más, que con gran sacrificio mantenemos nuestra publicación que se sostiene de sus propios fondos, y siendo tan exíguo el precio de suscripción y no llegando ni aún por ésto á nuestras manos el referido precio, mal podremos continuar haciendo sacrificios para sostener "El Ideal," que ya cuenta ocho meses de existencia, caso raro de longevidad para una publicación como la nuestra en Oaxaca, donde (es triste decirlo) está tan decaído el gusto por las bellas letras.

guna esperanza, á ninguna ilusión, á ningún consuelo. Lo contrario hubiera sido ofender mi propia conciencia, que ya veía en Blanca el sér odioso y repugnante que el amor ó el deseo habían disfrazado hasta entonces.... Indudablemente era una mujer liviana é hipócrita, que me amó sensualmente; pero que, previendo la habitual mudanza de su caprichoso corazón, no pensó nunca en que nos casaramos! Hostigada al fin por mi amor y mi honradez, había ejecutado una torpe comedia, á fin de escaparse impunemente. Y en cuanto á aquel hijo anunciado con tanto júbilo, tampoco me cabía ya duda de que era otra ficción, otro engaño, otra sangrienta burla!.... Apenas se comprendía semejante perversidad en una criatura tan bella y tan inteligente!

Tres días nada más estuve en Sevilla, y el 4 de Mayo me marché á

cíos como celda de difunto fraile, ó adivinando otras veces (por la configuración, por la dureza y por la dentadura) si tal calavera perteneció á una mujer, á un niño ó á un anciano,—cuando las miradas del Juez quedaron fijas en uno de aquellos globos de marfil....

—¿Qué es esto? (exclamó retrocediendo un poco.) ¿Qué es esto, amigo mío? ¿No es un *clavo*?

Y, así hablando, daba vueltas con el bastón á un cráneo, bastante fresco todavía, que conservaba algunos espesos mechones de pelo negro.

Miré, y quedé tan asombrado como mi amigo....—¡Aquella calavera estaba atravesada por un clavo de hierro!

La chata cabeza de este clavo asomaba por la parte superior del hueso coronal, mientras que la punta salía por el que fué cielo de la boca.

¡Conste que á los MOROSOS PAGADORES los tratamos por última véz con caballerosidad, no obstante que algunos al serles presentados sus recibos se desatan en dicterios en contra nuestra!

A NUESTROS
SUSCRIPTORES Y AL PUBLICO.

Por enfermedad de nuestro cajista, nos vimos en el caso de suspender la publicación de este número de nuestro periódico, que correspondía al Domingo 25 de Septiembre próximo pasado, viendo hasta hoy la luz pública.

Por esta falta involuntaria, pedimos perdón al público en general y á nuestros suscriptores en particular, á los cuales nos parece oportuno advertir que con este número quedan cubiertos los cuatro números de la suscripción pagada en los recibos de Agosto á Septiembre.

El próximo Domingo 9 recobrará el periódico su acostumbrada regularidad en su publicación semanaria, y como será el primer número del nuevo mes sin pagar, se les pasará á los apreciables suscriptores, con el número 37 el recibo correspondiente al mes en curso.

¡Conste!

DESPEDIDA DE LA COMPAÑIA
"María Eloisa Osorio"

En virtud de un arreglo entre los empresarios del Teatro Dehesa de Veracruz y la Compañía "María Eloísa Osorio," que regentea nuestro particular y caballeroso amigo el Sr. Francisco Marimón, esta noche á las nueve en punto se verificará en el Teatro Juárez la última representación dramática de la presente temporada teatral, dándose á la escena la antiquísima obra de magia y gran aparato, denominada "LA PATA DE CABRA."

Debemos advertir al público que para la representación de este espectáculo, no omitió la empresa Marimón gasto ni sacrificio, pues lleva de Oaxaca gratos recuerdos, por la benevolencia con que recibió y supo apreciar el mérito artístico y belleza de la primera actriz SRA. MARIA ELOISA OSORIO, y el tino y empeño con que todos y cada uno de los actores contribuyeron al éxito de las obras.

Los caballerosos artistas de la Compañía "María Eloisa Osorio," no pudiendo despedirse de cada uno de sus numerosos amigos en particular, lo hacen del público en general, por medio de estas líneas.

A nuestra vez, significamos á los estimables bo-

dedos diseminados.... y todo ello seco, frío, muerto, árido... —Figuraos, figuraos aquel horror!

Y ¡qué contactos!—Los enemigos, los rivales, los esposos, los padres y sus hijos, están allí, no sólo juntos, sino revueltos, mezclados por pedazos como trillada mies, como rota paja.. .—Y ¡qué desapacible ruido, cuando un cráneo choca contra otro, ó cuando baja rodando desde la cumbre por aquellas huecas astillas de antiguos hombres! Y ¡qué risa tan insultante tienen las calaveras!

Pero volvamos á nuestra historia.

Andabamos Joaquín y yo dando sacrílegamente con el pie á tantos restos inanimados, ora pensando en el día que otros pies hollarían nuestros despojos, ora atribuyendo á cada hueso una historia; procurando hallar el secreto de la vida en aquellos cráneos donde acaso moró el genio ó bramó la pasión, y ya va-

la Corte renunciando á mi destino, para ver si mi familia y el bullicio del mundo me hacían olvidar aquella mujer, que sucesivamente había sido para mí la *gloria* y el *infierno*.

Por último, hace cosa de quince meses que tuve que aceptar el juzgado de este otro pueblo, donde, como has visto, no vivo muy contento que digamos; siendo lo peor de todo que, en medio de mi aborrecimiento á Blanca, detesto mucho á las demás mujeres.... por la sencilla razón de que no son como *ella*....

¿Te convences ahora de que nunca llegaré á casarme?

hemios del arte, nuestro sincero aprecio y deseos de que tanto el éxito artístico como el pecuniario, les sean propicios en su TOURNEE por nuestra República.——ARAMIS.

¿A QUIEN LE GUSTA EL REMEDIO?

Dice un médico americano que la mostaza en polvo como se emplea para los sinapismos es el mejor remedio para el catarro, humedeciéndolo con alcohol y usándolo como el rapé, porque en el acto mata los microbios de esa molesta enfermedad.

Con que ya lo saben los catarrosos.

TIPOGRAFÍA SAN-GERMÁN.

ALMACEN DE ROPA

La CORTA UTILIDAD.

PRIMERA DE SAN FRANCISCO NÚM. 5.

Antes de hacer sus compras en otro Establecimiento, visite usted esta casa y quedará sorprendido por la calidad exquisita de sus géneros y por lo módico de sus precios.

FEDERICO S. CRUZ.

DR. J. G. MINTER.

CIRUJANO DENTISTA.

HOTEL CHAVEZ.

OAXACA. OAX.

VI.

EL CUERPO DEL DELITO.

Pocos segundos después de terminar mi amigo Zarco la relación de sus amores, llegamos al Cementerio.

El cementerio de**** no es otra cosa que un campo yermo y solitario, sembrado de cruces de madera y rodeado por una tapia. Ni lápidas ni sepulcros turban la monotonía de aquella mansión. Allí descansan en la fría tierra pobres y ricos, grandes y plebeyos, nivelados por la muerte.

En estos pobres cementerios, que tanto abundan en España y que son acaso los más poéticos y los más propios de sus *moradores*, sucede con frecuencia que, para sepultar un cuerpo, es menester exhumar otro, ó mejor dicho, que cada dos años se echa una nueva capa de muertos sobre la tierra. Consiste esto en la pequeñez del recinto, y da por resultado que, alrededor de cada nueva zanja, hay mil blancos despojos que de tiempo en tiempo son conducidos al *osario común*.

Yo he visto más de una vez estos osarios.... ¡Y en verdad que merecen ser vistos!—Figuraos en un rincón del Campo Santo, una especie de pirámide de huesos, una columna de multiforme marfil, un cerro de cráneos, fémures, canillas, húmeros, clavículas rotas, columnas espinales desgranadas, dientes sembrados acá y allá, costillas que fueron armaduras de corazones,